

La gran duquesa no dió sin embargo crédito á la evidencia que tenía ante sus ojos, y dijo á Sara en voz baja :

— Querida mía, venis hoy horriblemente vestida... vos, que tenéis una cintura tan fina estáis desconocida esta noche.

Más adelante referiremos las consecuencias de este descubrimiento, que produjo grandes y terribles sucesos. Pero diremos ahora lo que acaso habrá adivinado ya el lector... á saber, que Flor de María era el fruto del matrimonio secreto de Rodolfo y de Sara, y que ambos creían muerta á su hija.

No habrá olvidado el lector que Rodolfo, después de haber estado en la casa de la calle del Templo, volvió á la suya, y que aquella misma noche debía asistir al baile que daba la embajadora de \*\*\*. Seguiremos en este baile á S. A. R. el gran duque de Gerolstein, GUSTAVO RODOLFO, que viajaba en Francia con el título de *conde de Duren*.

### XIII

#### EL BAILE

Á las once de la noche un suizo vestido con gran librea abrió la puerta de una casa de la calle de Plumet para que saliera una magnífica berlina azul, arrastrada por dos soberbios caballos tordos de alta talla y largas crines. Sobre el pescante ricamente adornado con guarniciones de seda estaba sentado un enorme cochero, á quien hacía más enorme un capote azul forrado en pieles, con cuello y valona de martas, con galón de plata en todas las costuras y adornado con largos alamares: en la zaga un lacayo gigantesco y empolvado vestido con librea azul y plata iba al lado de un cazador con formidables bigotes, lleno de galones como un tambor mayor, y cuyo sombrero con ancha guarnición estaba medio oculto bajo un penacho de plumas azules y amarillas. Los faroles arrojaban una luz viva en el interior de aquel coche forrado de raso, en donde se veía á Rodolfo sentado, con el barón de Graün á su izquierda, y Murph al vidrio.

Por deferencia hacia el soberano á quien representaba el embajador en cuya casa era el baile, llevaba Rodolfo la placa de la orden de \*\*\* guarnecida de brillantes.

Sir Gualterio Murph y el barón de Graün llevaban al cuello la banda de la gran cruz de comendador del *Águila de Oro de Gerolstein*. El diplomático llevaba además á la altura de los dos últimos ojales del vestido un pasador de oro, del cual pendían innumerables cruces de todos los países.

— Tengo el mayor placer — dijo Rodolfo — con las buenas noticias que la señora Adela me ha dado de mi pobre protegida: la asistencia de David parece que ha mejorado notablemente su salud. Y ahora que hablamos de la Cantaora — añadió sonriendo, — confesad, señor Gualterio Murph, que si alguna de vuestras conocidas de la Cité os viese con ese disfraz... no volvería en sí del pasmo en cuatro horas.

— Creo, monseñor, que V. A. R. causaría la misma sorpresa si tuviese la humorada de hacer esta noche una visita en la calle del Templo á madama Pipelet, con intención de disipar por un momento la melancolia de su marido... víctima del infernal Cabrión.

— Monseñor nos ha pintado ese Alfredo tan á lo vivo, con su aire doctoral y su eterno sombrero — dijo el barón, — que me parece que le estoy viendo en su cuarto obscuro y ahumado. Por lo demás, yo creo que V. A. R. se halla satisfecho de las indicaciones de mi agente secreto. ¿Ha satisfecho el deseo de V. A. esa casa de la calle del Templo?

— Sí... — dijo Rodolfo; — y he descubierto en ella más de lo que esperaba... — Y después de un momento de silencio, que guardó para disipar la idea penosa que le inspiraban sus sospechas con respecto á la marquesa de Harville, siguió diciendo: — Ello es una puerilidad que casi no me atrevo á confesar; pero hay en estas venturas una especie de contraste que no deja de tener su mérito: ... después de haber brindado esta mañana á madama Pipelet con una botella de buen Burdeos y de haberle guardado la portería... hallarme convertido esta noche en uno de esos entes privilegiados que reinan *por la gracia de Dios* en este mundo sublunar... (Á pesar de que aquí podríamos aplicar el cuento *del hombre que tenía cuarenta escudos*, y hablaba de *sus rentas* como un millonario) — añadió Rodolfo á manera de paréntesis con que aludía á la corta extensión de sus Estados.

— Pero hay pocos millonarios, monseñor, que tengan una razón tan sana y admirable como el hombre de los cuarenta escudos — dijo el barón.

— ¡Oh, mi buen Graün! sois un sabio: me engrandecéis á vuestro modo — repuso Rodolfo con ironía burlona, mientras que el barón miraba á Murph con la turbación propia del hombre que cree demasiado tarde haber dicho una tontería.

Á la verdad — continuó Rodolfo — yo no sé, mi querido Graün, cómo agradeceros la buena opinión que tenéis de mí, ni con qué lisonjas he de pagaros las que me prodigáis.

— Monseñor... no os toméis ese trabajo — dijo el barón, que había olvidado por un momento que Rodolfo aborrecía la lisonja y se vengaba con burlas crueles del que se atrevía á adularlo.

— ¡Qué decís, barón! yo no quiero ser menos que vos en prodigar obsequios:

alabáis mi entendimiento, y yo quiero ponderar el mérito de vuestra inimitable persona; porque, palabra de honor, barón, lo más que representáis son unos veinte años de edad: y la mejor estatua de Antinoo no tiene líneas tan perfectas.

— ¡Ah, monseñor... piedad!

— Decidme si hay en el mundo un Apolo de formas más elegantes y juveniles.

— Perdonadme, monseñor: hacía ya tanto tiempo que no había cometido la indiscreción de alabaros...

— Miradle con atención, Murph: ¿no veis aquel círculo celestial que sujeta os bucles de su preciosa cabellera negra?

— ¡Ah, monseñor! ¡piedad, piedad! estoy arrepentido... — dijo el desgraciado diplomático con una especie de desesperación cómica. (No se habrá olvidado el lector de los cincuenta años del barón, de su cabello canoso, crespo y empolvado, ni de su gran corbata blanca, ni de su rostro enjuto.)

— Perdonad al barón, monseñor; no lo abruméis con el peso de tanta mitología — dijo Murph sonriendo: — Yo seré responsable ante V. A. R. de que por mucho tiempo no volverá á proferir una lisonja... ya que así se llama la palabra verdad en el nuevo vocabulario de Gerolstein.

— ¿También tú, Murph? ¡también tú te atreves...!

— Monseñor, me inspira lástima el infeliz de Graün, y quiero participar de su castigo.

— Señor carbonero mío, os honra muchísimo ese tributo rendido á la amistad. Pero hablemos formalmente, amigo Graün, ¿cómo habéis podido olvidaros de que sólo permito la lisonja á Harneim y á otros de su jaez? porque, haciéndoles justicia, debemos confesar que tampoco sabrían hacer bien otra cosa: es el único estudio que han cultivado. ¡Pero un hombre de vuestro talento, barón!... vamos, no lo concibo.

— Pues bien, monseñor — dijo resueltamente el barón, — conozco la aversión que profesa V. A. R. á toda clase de lisonja, y nada es más natural en un carácter serio: ahora quisiera decir únicamente dos palabras.

— Menos mal. Ya os escucho.

— Eso, monseñor, viene á ser lo mismo que si una mujer hermosa dijese á uno de sus admiradores: « ¡Vaya una novedad! ya sé que gusto á todos, y esa aprobación me parece vana y fastidiosa. ¿Á qué fin insistir en la evidencia? ¿Se le ha ocurrido jamás á nadie ir gritando por las calles en un día de hermoso sol, para que todo el mundo lo sepa, que el astro del día es resplandeciente? »

— Está mejor dicho, barón, aunque me parece más peligroso; y así para variar vuestro suplicio, os confesaré que el infernal Polidori no hubiera discurredo de otro modo para ocultar el veneno de su adulación.

— Monseñor, es necesario callar.

— ¿Por manera que V. A. R. — dijo Murph, — no duda que Polidori sea esa misma persona que vive en la calle del Templo?

— No tengo la menor duda, puesto que ya sabéis que se halla en París hace algún tiempo.

— Me había olvidado, monseñor, de hablaros de él, ó mejor dicho no había querido hacerlo, — dijo Murph — porque no ignoro que V. A. R. aborrece la memoria de ese hombre fatal.

El semblante de Rodolfo volvió á tomar un aspecto sombrío: entregóse de nuevo á tristes reflexiones y guardó silencio hasta el momento en que el coche se detuvo delante del portal de la embajada.

Estaban iluminadas todas las ventanas de este grande edificio: una hilera de lacayos vestidos de gran librea se extendía desde el portal hasta los salones de descanso, en donde se hallaban los ayudados de cámara.

El conde y la condesa de \*\*\* habían permanecido en el primer salón de recibimiento hasta la llegada de Rodolfo, que entró seguido de Murph y del barón de Graün.

Rodolfo tenía entonces treinta y seis años; pero aunque se acercaba ya á la época en que empieza á declinar la vida, la perfecta regularidad de sus facciones y la dignidad afable que le distinguía, lo hubieran hecho muy notable, aún cuando su augusta estirpe no realizase estas cualidades. Era efectivamente un príncipe en todo el sentido más completo de la palabra.

Rodolfo iba vestido con sencillez; llevaba una corbata y un chaleco blancos; y un frac azul abotonado en el cual brillaba la magnífica placa de diamantes, ceñía su elegante talle. Un pantalón ajustado de casimir negro dejaba ver su pie pequeño y perfectamente formado.

El gran duque frecuentaba tan poco la sociedad, que su llegada ocasionó cierta sensación: fijáronse en él todas las miradas cuando entró en el primer salón de la embajada acompañado de Murph y del barón, que ocupaban su lugar detras de él. Un secretario encargado de advertir su llegada, avisó inmediatamente á la condesa de \*\*\*, y ésta con su marido se adelantó hacia Rodolfo y le dijo:

— No sé como expresar á V. A. R. mi agradecimiento por el favor que se digna dispensarnos hoy.

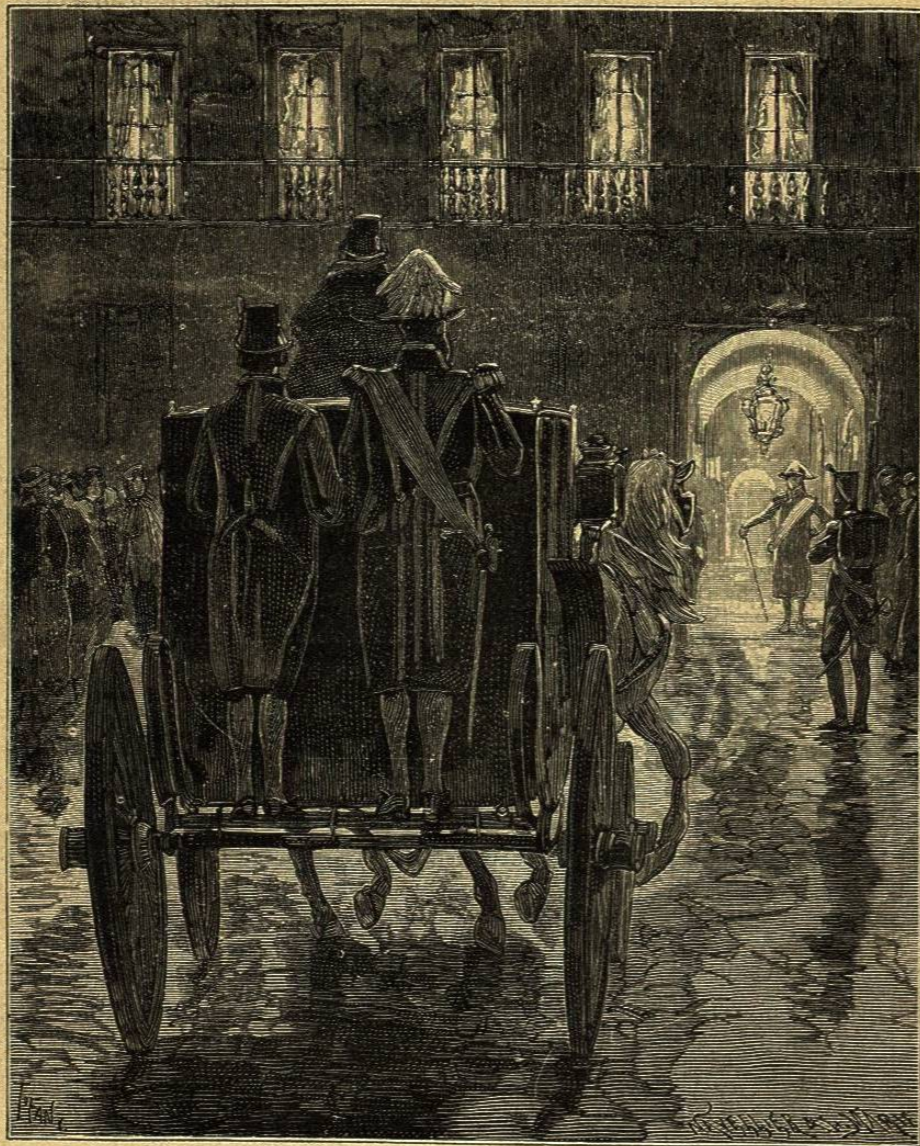
— Ya sabéis, señora embajadora, que tengo siempre el mayor gusto en saludarla y en dar pruebas de mi afecto al señor embajador; porque nosotros somos conocidos antiguos, señor conde.

— Ya que V. A. R. se digna recordármelo, me da un nuevo motivo para no olvidarme jamás de sus bondades para conmigo.

— Os aseguro, señor conde, que no es culpa mía el que no pueda olvidar ciertos recuerdos: tengo la felicidad de no acordarme sino de lo que me es agradable.

— Pero V. A. R. tiene una memoria maravillosa — dijo sonriendo la condesa de \*\*\*.

— ¿No es verdad, señora condesa? Por eso espero tener el gusto de recor-



Estaban iluminadas todas las ventanas de este gran edificio.

daros de aquíá muchos años este día, como también la exquisita elegancia de este baile; porque en honor de la verdad, señora condesa, no hay quien compita con vos en amabilidad y buen gusto.

— ¡ Monseñor!...

— Y no solo eso: decidme sino ¿porqué me parecen siempre más hermosas las mujeres en vuestra casa que en otro sitio alguno?



Rodolfo dió el brazo á la embajadora...

— Será sin duda porque V. A. R. se digna mirarlas con la misma indulgencia que nos dispensa á nosotros — repuso el conde.

— Permitidme, señor conde, que no admita vuestra opinión; yo creo

más bien que eso depende absolutamente de la señora embajadora.

— ¿Tendrá V. A. R. la bondad de explicarme ese prodigio? — dijo la condesa sonriendo.

— Nada más sencillo, señora: recibís á todas estas damas con una urbanidad tan encantadora y una gracia tan singular, y habláis á cada una de un modo tan seductor, que las que no merecen... es decir, que no merecen enteramente vuestro lisonjero obsequio — dijo Rodolfo con una sonrisa maliciosa — se llenan de la mayor satisfacción; al paso que las que lo merecen sienten la misma alegría, porque conocen cuán justo es vuestro aprecio: la dicha que les comunicáis hace seductoras á las que acaso no podrían serlo sin vos. He aquí, amable condesa, la razón por que las mujeres parecen siempre más hermosas en vuestra casa que en parte alguna... Estoy seguro de que el señor embajador es de mi misma opinión.

— Las razones de V. A. R. son tales que no pueden menos de convencerme.

— Y yo, monseñor — dijo la condesa de \*\*\* — á riesgo de parecerme algo á esas hermosuras que no merecen *enteramente*... mi obsequio lisonjero, acepto la explicación de V. A. R. con la misma gratitud que si no fuera efecto de vuestra galantería.

— Para convenceros, señora condesa, de que nada hay más real y verdadero que lo que he dicho, vamos á observar el efecto que produce la lisonja en las fisonomías...

— ¡ Ah, monseñor!... esa sería una prueba horrible — dijo riendo la condesa.

— Transijo, transijo, señora embajadora; renuncio á mi proyecto, pero sólo bajo una condición, cual es la de que me permitiréis ofreceros mi brazo por un momento... Me han hablado de vuestro jardín de invierno como de una cosa admirable: ¿tendréis la bondad de enseñarme esa maravilla de las *Mil y una Noches*?

— Con el mayor placer, monseñor... pero V. A. R. hallará exagerada la descripción que le han hecho, á menos que no tenga á bien mirarlo con su acostumbrada indulgencia...

Rodolfo dió el brazo á la embajadora y pasó con ella á los otros salones, mientras el conde hablaba con el barón de Graün y con Murph, de quienes era conocido hacia largo tiempo.

En efecto, nada pareció á Rodolfo más ideal y encantador, que el jardín de la condesa.

## XIV

## EL JARDÍN DE INVIERNO

Figurémonos una larga y espléndida galería, que terminaba en un espacio al parecer abierto de cuarenta toesas de largo y treinta de ancho: un techo de cristales abovedado y de armazón sumamente ligera cubría este paralelogramo á la altura de unos cincuenta pies: los muros estaban cubiertos de una multitud de espejos, sobre los cuales se cruzaban los pequeños rombos verdes de un espeso enrejadillo de junco, al través del cual reflejaban los espejos un laberinto infinito de puntos luminosos. Á lo largo y á corta distancia de los muros corría un *espaldar* de naranjos y camelias tan corpulentos como los de las Tullerías; los primeros cargados de fruto que brillaba como ricas manzanas de oro medio ocultas en follaje verde y frondoso, y las segundas de flores encarnadas, mostrando en caprichosa competencia los colores blanco, rosa y encarnado.

Tal era el jardín.

Algunas calles cubiertas de mármol que formaba un hermoso mosaico, y de ancho suficiente para dar paso á tres personas de frente, rodeaban seis espesos sotos de árboles de la India y de los trópicos, plantados en tierra arcillosa. Sería imposible pintar el efecto producido por esta vegetación exótica y frondosa en medio de un baile y en pleno invierno. Plátanos gigantes que casi llegaban á los cristales de la bóveda, y mezclaban sus grandes hojas verdes y lustrosas con las de los mangles cubiertos ya de grandes flores olorosas, de cuyo cáliz en forma de campana, encarnado por fuera y plateado por dentro, salían con profusión riquísimos estambres de oro. Palmas de oriente, higueras de la India y otros árboles frondosos y raros completaban estos magníficos grupos de vegetación tropical, que á la luz de las bujías mostrábanse á la vista resplandecientes y hermosos.

El tejido sutil de la enredadera y otras plantas trepadoras, saltaba de un árbol á otro, ya en forma de cordón recamado de hojas y flores, ya formando vueltas y espirales que subían á lo alto de la bóveda: la madre selva con su flor blanquecina y amarilla, la pasionaria cubierta de innumerables flores azules, caían de la bóveda formando guirnaldas colosales, y volvían á subir para enlazarse estrechamente con las ramas gigantes de los aloes.

La ipecacuana y otras plantas de América y Asia, ostentaban el blanco y oloroso cáliz de sus flores y esparcían un suave aroma por el ambiente; y por entre el aterciopelado follaje de la higuera india se deslizaban las hojas verdes del bejuco, cubiertas de campanillas de oro y plata. Más allá subía y volvía á

precipitarse, formando magníficas cascadas vegetales de diversos colores, una multitud de tallos sarmentosos cargados de flores, con tal profusión que parecían otros tantos ramilletes colosales. El seto que rodeaba los grupos de árboles, se componía de brezo del Cabo, de tulipanes de Thol, de narcisos de Constantinopla y de jacintos de Persia, que formaban una especie de alfombra natural en la cual se confundían de modo espléndido todos los matices y colores, todas las galas de la naturaleza.

Una multitud de faroles chinescos de seda transparente, de variados colores y medio escondidos entre el follaje, alumbraban el jardín. Sería imposible describir la luz misteriosa y suave que resultaba de esta feliz combinación; luz fantástica, pura y azulada como la de una hermosa noche de estío levemente coloreada por los suaves reflejos de una aurora boreal, espléndida y hermosa.

Al inmenso invernáculo conducía una larga galería cubierta de adornos dorados, de espejos, de cristales y de luces. Á lo último de este claustro luminoso se distinguían vagamente los grandes árboles exóticos entre dos pabellones de terciopelo carmesi, que bajaban en semicírculo por la puerta exterior.

Hubiérase dicho que esta puerta abría paso á los magníficos campos del Asia en una noche misteriosa y serena.

La galería, vista desde las glorietas del jardín formadas de ramas y flores, presentaba un contraste inverso con la dudosa obscuridad del invernáculo: parecía una especie de neblina luminosa y dorada, en medio de la cual brillaban en deliciosa confusión, los colores resplandecientes y variados del vestido de las damas, y el centelleo continuo de los diamantes.

Los sonidos de la orquesta, debilitados por la distancia y por el sordo rumor de la galería, expiraban melodiosamente entre las ramas inmóviles de los árboles. Un sentimiento involuntario impedía levantar la voz en este jardín, porque el aire templado, sutil y embalsamado por el suave olor de mil plantas aromáticas, adormecía los sentidos sumiéndolos en una blanda y deliciosa quietud. Sería difícil que dos amantes sentados en uno de los rincones sombríos de este paraíso, pudieran imaginar un cuadro más delicioso para colocar su felicidad.

Al llegar Rodolfo á este encantado Edén, no pudo contener una exclamación de sorpresa, y dijo:

— Á la verdad, señora, no hubiera creído posible tal maravilla; esto más que lujo y elegancia es la poesía en acción: en vez de escribir como un poeta y de pintar como un gran pintor, habéis puesto por obra lo que ellos no serían capaces de imaginar con todo su genio.

— V. A. R. es muy indulgente.

— Confesad, condesa, que el que fuese capaz de copiar fielmente este cuadro

con la misma variedad de colores, con el tumulto deslumbrador de esa galería y este retiro tranquilo y silencioso, haría una obra admirable.

— Son tanto más peligrosas las alabanzas de V. A. R., porque, como toda producción del talento, se deja una seducir por ellas á pesar suyo. ¡Pero mirad, monseñor qué hermosa joven! Preciso es confesar que el mérito de la marquesa de Harville no puede menos de brillar en todas partes. ¿Imagináis, monseñor una gracia más seductora que la suya? ¿Y no resalta aún más su hermosura al lado de la severa belleza que la acompaña?

El elogio que hizo la embajadora de la marquesa de Harville no era exagerado: no podríamos dar una idea perfecta de su rostro encantador, en el cual brillaban la hermosura y la gracia juveniles, hermosura tanto más singular y peregrina porque consistía más bien que en la regularidad de sus facciones, en la dulzura inexplicable de una fisonomía que indicaba la bondad de un alma angelical.

La condesa Sara Mac Gregor y la marquesa de Harville bajaban en aquel momento los escalones que separaban la galería del hermoso jardín de invierno.

## XV

## LA CITA

Era particularmente notable la tierna expresión de bondad que tanto más agradaba, cuanto por lo común no suele predominar en la fisonomía de una joven de veinte años, hermosa, despejada, solicitada y adulada siempre como lo era la marquesa. Así es que aun olvidando las ventajas del nacimiento, del nombre y de la fortuna, no había quien no se interesara por ella al ver su inefable dulzura en medio de los triunfos que alcanzaba. Daremos otro giro á nuestra explicación. Mad. de Harville, que tenía sobrada dignidad y muy eminentes dotes para ir en busca de obsequios y homenajes, se mostraba sin embargo tan agradecida á los que se le ofrecían, como si realmente no los mereciera: gustábanle sin enorgullecerla, y á fuer de indiferente á las alabanzas y de muy sensible á la benevolencia, distinguía con exactitud la adulación de la simpatía. Su talento exquisito y algunas veces maligno sin caer en la ruindad, dirigía chanzas ingeniosas é inofensivas á las gentes satisfechas de sí mismas, ocupadas siempre en llamar la atención. Gentes, decía con gracia la marquesa, que siempre parece que bailan un *solo* delante de un espejo invisible al cual dirigen placenteras sonrisas. Así como la marquesa hacia burla de tales gentes se interesaba de veras por un carácter tímido cuya extremada reserva degenerara acaso en orgullo.